

ÍNDICE:

751

Nuestra página de honor: Ramón María DEL VALLE INCLÁN.-
Sombras.-D. Carlos de Borbón: Pedro MONTERO GALVACHE.-
Claro de luna.-II: Teodoro MOLINA ESCRIBANO.-Romance del
último amador: José-María PEMÁN.-Canción de los siete re-
mos: Francisco MONTERO GALVACHE.-"Eheu, fugaces, Pos-
thume, Posthume": Juan GARCÍA FAYOS.-Romancillo del
mal recuerdo: Félix NAVARRO.-Ascensión: Francisco MON-
TERO GALVACHE.-Tríptico de Huelva: Pragmacio SALGADO.-
Romance de España: P. PÉREZ CLOTET.-Elegía: Juan RUIZ
PEÑA.-Balada: Eduardo DE ORY.-Rebeldía mansa: Augusto
HAUPOLD.-Novela corta: (continuación) P. MONTERO.-Poe-
ma: Juan Miguel POMAR.-Marea baja y Luna llena: Dibujos
de PONITO.-Bibliografía. Notas.

Número 5

Octubre 1936



CAUCES

REVISTA LITERARIA

JEREZ

PRECIO: 1 PTA.

EDITADA POR:

Ayuntamiento de Madrid

FRANCISCO MONTERO GALVACHE
JOSÉ M. HERNÁNDEZ-RUBIO
PEDRO MONTERO GALVACHE

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y
Estaño, montada con los adelantos más modernos de
la técnica. - - - - -

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8.-T. 1928

K R L O * FOTO * LARGA, 47

MANUEL FERNANDEZ Y C.^A, S. L.

ESPECIALIDADES: AMONTILLADO VICTORIA :: COÑAC PLUS ULTRA
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA



REAL TESORO

JEREZ

CAUCES lleva su aliento de Arte y de Poesía a las más
bellas ciudades portuguesas: Beja, Porto, Estremoz, Tavira,
Lisboa... A Roma, Berlín, Montevideo y principales centros
literarios de la América latina.

Ayuntamiento de Madrid

Nuestra página de honor

Fragmento de SONATA DE INVIERNO

Llegué a la corte de Estella, huyendo y disfrazado con los hábitos que un monje francés ahorcaba en la cocina de una granja, para echarse al campo por Don Carlos VII. Las campanas de San Juan tocaban anunciando la misa del Rey, y quise oirla todavía con el polvo del camino, en acción de gracias por haber salvado la vida. Entré en la iglesia cuando ya el sacerdote estaba en el altar. La luz vacilante de una lámpara caía sobre las gradas del presbiterio donde se agrupaba el cortejo. Entre aquellos bultos oscuros, sin contornos ni faz, mis ojos sólo pudieron distinguir la figura próspera del Señor, que se destacaba en medio de su séquito, admirable de gallardía y de nobleza, como un rey de los antiguos tiempos. La arrogancia y brío de su persona, parecía reclamar una rica armadura cincelada por milanes orfebre, y un palafrén guerrero paramentado de malla. Su vivo y aguileño mirar hubiera fulgurado magnífico, bajo la visera del casco, adornado por crestada corona y largos lambrequines. Don Carlos de Borbón y de Este, es el único príncipe soberano que podría arrastrar dignamente el manto de armiño, y empuñar el cetro de oro, y ceñir la corona recamada de pedrería, con que se representa a los reyes en los viejos códices.

Terminada la misa, un fraile subió al púlpito, y en su lengua vascongada predicó la guerra santa a los tercios vizcaínos que, acabados de llegar, daban por primera vez escolta al Rey. Yo sentíame conmovido: aquellas palabras ásperas, firmes, llenas de aristas como las armas de la edad de piedra, me causaban impresión indefinible: tenían una sonoridad antigua: eran primitivas y augustas, como los surcos del arado en la tierra, cuando cae en ellos la simiente del trigo y del maíz. Sin comprenderlas, yo las sentía leales, veraces, adustas, severas. Don Carlos las escuchaba en pie, rodeado de su séquito, vuelto el rostro hacia el fraile predicador. Doña Margarita y sus damas permanecían arrodilladas. Entonces pude reconocer algunos rostros. Recuerdo que aquella mañana formaban el cortejo real los Príncipes de Caserta; el Mariscal Valdespina; la Condesa María Antonieta Volfani, dama de Doña Margarita; el Marqués de Lantana, título de Nápoles; el Barón de Valatié, legitimista francés; el Brigadier Adelantado, y mi tío Don Juan Manuel Montenegro.

Yo, temeroso de ser reconocido, permaneci arrodillado a la sombra de un pilar, hasta que, terminada la plática del fraile, los reyes salieron de la iglesia. Al lado de Doña Margarita caminaba una dama de aventajado talle, cubierta con negro velo que casi le arrastraba: pasó cercana, y sin poder verla, adiviné la mirada de sus ojos que me reconocían bajo mi disfraz de cartujo. Un momento quise darme cuenta de quién era aquella dama, pero el recuerdo huyó antes de precisarse: como una ráfaga vino y se fué semejante a esas luces que de noche se encienden y se apagan a lo largo de los caminos.

Cuando la iglesia quedó desierta, me dirigí a la sacristía. Dos clérigos viejos conversaban en un rincón, bajo tenue rayo de sol, y un sacristán, todavía más viejo, soplaba la brasa del incensario enfrente de una ventana alta y enrejada. Me detuve en la puerta. Los clérigos no hicieron aten-

ción, pero el sacristán, clavándome los ojos encendidos por el humo, me interrogó adusto:

—¿Viene a decir misa el reverendo?

—Vengo tan sólo en busca de mi amigo Fray Ambrosio Alarcón.

—Fray Ambrosio aun tardará.

Uno de los clérigos intervino:

—Si tiene prisa por verle, con seguridad le halla paseando al abrigo de la iglesia.

En aquel momento llamaron en la puerta por la parte de la calle, y el sacristán acudió a descubrir el cerrojo. El otro clérigo que hasta entonces había guardado silencio, murmuró:

—Páreceme que le tenemos ahí.

Abrió el sacristán, y destacóse en el hueco de la puerta la figura de aquel famoso fraile, que toda su vida aplicó la misa por el alma de Zumalacárregui. Era un gigante de huesos y de pergamino, encorvado, con los ojos hondos y la cabeza siempre temblona, por efecto de un tajo que había recibido en el cuello, siendo soldado en la primera guerra. El sacristán deteniéndole en la puerta le advirtió en voz baja:

—Ahí le busca un reverendo: debe venir de Roma.

Yo esperé. Fray Ambrosio me miró de alto abajo sin reconocirme, pero ello no estorbó que amistoso y franco me pusiese una mano sobre el hombro:

—¿Es a Fray Ambrosio Alarcón a quien desea hablar? ¿No viene equivocado?

Yo, por toda respuesta, dejé caer la capucha. El viejo guerrillero me miró con risueña sorpresa. Después volviéndose a los clérigos, exclamó:

—¡Este reverendo se llama en el mundo, el Marqués de Bradomin!

RAMÓN-MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

SOMBRA: Don Carlos de Borbón y Orleans

Tierna lis de la clara stirpe de Caserta,—de tan rancio abolengo legitimista—, la luz adolescente de este amanecer imperial, alumbró sus nupcias con la Gloria. Nieto de aquel conde de Caserta, que en la última Cruzada Carlista fué decoro y sostén firme de la Corte flordelisada de Estella, y Jefe del Estado Mayor de los Ejércitos del Rey sin corona, vivió las horas amargas de la Proscripción, con el alma puesta en los destinos de España.

Alma juvenil y generosa, al abandonar esta Andalucía, dorada y azul, que tanto amó, no supo arrancarse al dulce placer de la añoranza, y en las grises lejanías del Destierro, permaneció fiel al Deber y a la Tradición, encarnados en su Raza, anhelando el instante supremo, en que los clarines de la Lealtad, anunciaron al mundo entero el comienzo de la liberación de la Patria.

Cuentan que al cruzar la frontera francesa, al llegar a las filas de los requetés navarros, el joven Príncipe, cubierto de harapos, crecida la barba, velados por el cansancio de los duros caminos pirenaicos, los ojos azules,—azules, como el cielo de su Sevilla bienamada—tendió una mirada larga, explayosa sobre los haces apretados de boinas rojas que le rodeaban, y lloró de emoción.

Ayuntamiento de Madrid

Por encima de aquel mar de amapolas, como emblemas de una sociedad redimida y de una Monarquía inmortal, flotaban las banderas y los estandartes de las organizaciones carlistas. Las mismas banderas, los mismos estandartes que hace más de medio siglo guiaron a los voluntarios del Rey legítimo hacia jornadas de heroismos y arrojos paladinescos.

Su corazón debió latir con ímpetu violento al ver resucitadas añejas estampas de epopeyas conocidas a través de relatos llenos de la fragancia y la ingenuidad de los tiempos bíblicos: un Monarca austero, recio, inteligente, venerado de sus súbditos hasta la idolatría, luchando contra todas las transigencias de la Revolución cosmopolita; y un pueblo de leales, derrochando sangre y perdiendo haciendas, en la defensa de una dinastía de Soberanos insobornables, Símbolo del Derecho cristiano, puntal incommovible de la Realeza, que prefiere morir en el ostracismo antes que pactar con las modernas libertades de perdición. Dios quiso que muriera frente a Eibar,—el primer rincón español en que prendió la locura marxista—, cuando las bayonetas salvadoras, se disponían a romper el sueño rojo de la bella ciudad norteña, cuando el Príncipe-requeté, suspiraba más ardientemente volar al lado de sus soldados sevillanos.

En esta hora, en que la ronca voz de los cañones, canta el himno guerrero y triunfal de la Gran Victoria de España,—hora propicia a la inspiración de la poesía épica—cantemos en silencio la gloria de este príncipe, tierna lis borbónica, arrancada al árbol gigante de la Tradición.

Cantemos su gloria en silencio, en la intimidad de nuestros corazones; y en los próximos días de la Paz, estable y luminosa, evoquemos su figura rubia, melancólica, y de rodillas, delante de su tumba, recemos la Oración, que nos una, en espíritu y en verdad, con los Mártires del Carlismo.

Una tumba, que debieron abrir a la sombra de su sauce, entre la guardia inmóvil de los cipreses, bajo la nostalgia gris del cielo vascongado.

Porque todo el encanto, amable y caballeresco, del Carlismo, nimba la vida y la muerte de D. Carlos de Borbón y Orleans, una silueta más, estilizada en el fondo romántico en que se perfilan, errantes y soñadores, los blancos fantasmas del duque de Ucles,—Bradomin hecho carne—, de la dulce reina Margarita, de Carlos VII, de Zumalacárregui, de Iparraguirre, de los Reyes, las damas de honor, los caudillos, los bardos geniales, estremecidos, ahora, de orgullo, en la calma de los sepulcros, al contemplar el desenlace de la gesta que ellos iniciaran, hace muchos años, en los verdes prados, en las montañas risueñas de Navarra y Guipúzcoa, arca intacta y sagrada de nuestras Tradiciones...

PEDRO MONTERO GALVACHE

CLARO DE LUNA

II

Callejas estrechas y quebradas nos llevan a la parte alta de la Ciudad. La luna, lámpara votiva de estas misteriosas noches de Toledo, nos sigue los pasos y proyecta la sombra de la torre de San Román, hermana menor de la de Santo Tomé. . Hablen sus piedras por nosotros, porque en Toledo al viajero le toca callar y escuchar el lenguaje solemne de las piedras, de los mármoles, de las ruinas... Piedras de la torre de San Román que nos hablan del asilo que prestaron al rey mozo Alfonso VIII, fugitivo de la ominosa tutela de los Castros y los Laras... Piedras que contemplaron ondeando en ellas el pendón de Castilla y oyeron la voz del caballero Esteban Illán que proclamaba la mayoría de edad del Rey y su emancipación de aquellos aprovechados tutores... Torre de San Román, página de la Historia de España alumbrada por la lámpara de la luna de noche toledana!... Y allí cerca, muy cerca, el solar que ocupó la plaza del bravo Comunero don Juan Padilla, que supo luchar como valiente en Torrelobatón y morir como fervoroso cristiano en Villalar. En esta noche de misterio, gime el viento en los aleros de los tejados que la circundan, trayéndonos un eco de los gemidos de su esposa, Doña María de Pacheco.

Y unos pasos más allá, las Tendillas, fecundo manantial de inspiración para la picaresca literaria. Manes de Cervantes y Quevedo, de Espinel y del autor de Lazarillo de Tormes... levantaos y ayudadme a vivir este momento de luna y de misterio...!

Todo es grande y españolísimo en Toledo. Torres gemelas del Palacio Ayuntamiento, barnizadas de plata por el astro de la noche!... Grandiosa escalinata que subieron tantas generaciones de corregidores y concejales. . Versos de oro de Jorge Manrique, estampados para eterna lección sobre el primer rellano de esa escalera... Los leyeron todos... Los practicaron pocos.

Nobles discretos varones
Que gobernais a Toledo,
En aquestos escalones,
Desechad las aficiones,
Codicias, amor y miedo.
Por los comunes provechos
Dejad los particulares:
Pues vos fizo Dios pilares
De tan riquísimos techos,
Estad firmes y derechos.

Cómo se habrán aprovechado los gestores comunistas de estos versos? Si es que han podido, levantando las letras de ellos, que son de oro, y llevándolas al extranjero para venderlas. No puede negarse que, si lo han hecho, habrán sacado de los versos el máximo fruto material. En cuanto al espiritual... quién se atreve a hablar del espíritu en el reino pecuario?

Junto al poder civil, que se asienta en el Ayuntamiento, el Palacio Arzobispal levanta sus muros, solemnes como un Te Deum, mansión de santos Prelados que supieron a una gobernar la Iglesia y el Estado, labrando su grandeza. Sombras benditas de los Jiménez de la Rada, Albornoz, Don Raimundo, Mendoza, Jiménez de Cisneros, Carrillo, Portocarrero y Lorenzana... fuisteis delicados or-

febres de la grandeza española que estuvo a punto de ser destruída por una cuadrilla de aficionados a gobernar, peones de albañil que manejaron la piqueta para demoler. Asomáos un momento y gozáos con el espectáculo de esta España que renace con sujeción a los planos que vosotros trazásteis!

Frente a la mansión de las leyes, el Ayuntamiento, la casa de oración, la Catedral. Claro de luna... de luna que platea pináculos, cresterías, flechas, arbotantes, relieves y arquivoltas... Bosque de plata y piedra que reza a Dios con la boca y el corazón de siete siglos!...

Maravillosa Catedral de Toledo, Suma Teológica de granito, mármol, cristal y bronce... que caminas a la eternidad volviendo hacia el cielo la quilla de tus cinco naves, fanal de almas, sepulcro de Reyes y Príncipes que en tí aguardan la resurrección de la carne... Salve, casa de Dios plateada por la luna de una misteriosa noche toledana. Hasta ahora, eras virgen. Desde ahora, serás virgen y mártir, porque la bestia rusa clavó en tí la garra sacrílega de su profanación.

Plaza de Zocodover, trazada por Juan Herrera, Arco y Posada de la Sangre que dísteis inspiración a Cervantes para «La Ilustre Fregona», todo en vosotros evoca el recuerdo de una España de oro, labrada por españoles que valían más que nosotros, porque creían, rezaban y trabajaban más que nosotros.

Y arriba, el Alcázar, soberbia corona de la Imperial Toledo. El Alcázar, centinela alerta que vigila el sueño de los toledanos, arma al brazo, ojo avizor, clavado junto al foso de la Ciudad, el áureo Tajo. Alcázar de Toledo... sagrado pergamino en que se ven escritas sus grandezas, noble ejecutoria de la vieja Toledo, libro de la Patria abierto de par en par a todas las generaciones españolas, para que aprendan a amar a España! .

En tus muros dejaron Alfonso VI su valor, Alonso el Sabio su sabiduría, Alfonso VIII sus locuras cantadas por Lope de Vega en «La Judía de Toledo», los Reyes Católicos su acendrado amor a España, Carlos V su arrojo en la guerra, Felipe II su prudencia y Lorenzana su piedad. Covarrubias, Juan de Herrera y Juan Bautista de Toledo, le ornamentaron con su arte y los extranjeros se consagraron a destruir bárbaramente el tesoro allí acumulado por los españoles. Le incendiaron las hordas austriacas en la guerra de Sucesión, le volvieron a incendiar las hordas francesas en la guerra de la Independencia y le devastaron y demolieron totalmente las hordas comunistas no ha muchos días. Sin embargo, el Alcázar, ave Fénix de los destinos españoles, sabe resurgir cien veces de sus cenizas, porque personifica el genio de la raza, que es inmortal. Del montón de ruinas que de él queda, se ha salvado lo que importa salvar, la estatua de Carlos V, símbolo del valor pasado y la figura de Moscardó y los valientes guerreros a sus órdenes, índice del valor presente. Con estos factores, no hay Alcázar que muera. El Alcázar no puede morir, porque es inmortal como España.

Claro de luna... Noche misteriosa toledana... de esta Toledo, cuna de fértiles culturas, de la cultura romano visigótica, de la cultura árabe-judaica, de la cultura renacentista, centro del saber europeo en el siglo XII, compartido con la Sorbona de París, centro del valor caballeresco del siglo XX, personificado en Moscardó. ¡Salve, Toledo, alma mater de una raza que no muere!

TEODORO MOLINA ESCRIBANO

Romance del último amador

Pero de todos modos, es indudable que en el romanticismo del siglo XIX, hay un fondo eterno de humanidad.

(De una Historia de la Literatura Española)

Cuando me mate este amor,
porque tiene que matarme,
los pocos que me queréis
ponedme al pié de aquel sauce,
de aquel que sabe el divino
secreto de aquella tarde ..

Llebadme al morir el día,
cuando los pájaros canten,
y las estrellas se asomen,
y las hogueras se apaguen.

Sobre mi cuerpo, una a una,
siete rosas deshojadme;
las siete letras queridas
del nombre que nadie sabe;
las siete letras que son
siete gotas de mi sangre...

Vendrá, de noche, la luna,
toda blanca, a arrodillarse,
junto a mí, como otras veces
para escuchar mis cantares...

Luna blanca, luna blanca,
luna de mis soledades.
—al blando rumor del viento
la dirá, cantando, el sauce—
esta vez, luna, lunera,
esta vez llegaste tarde.

Aquí está, a mis piés, tu amigo
el de los dulces cantares.

Aquí está, a mis pies, el último
amador, fino y constante,
que porque supo el dolor
de haber nacido tan tarde,
vivió muriendo y callando
un amor de soledades.

Ni a las estrellas les digas,
luna blanca, lo que sabes ..
¡Que queden las siete letras
de aquel nombre, sobre el aire,
como siete mariposas
entre la luna y el sauce!

No os pido que comprendáis,
amigos, este romance.
Es un triste eco romántico
impropio de estas edades...

Una sola cosa os pido,
que una no habéis de negarme.
¿No sabéis del sauce aquel
junto al que no pasa nadie?

Amigos: cuando yo muera
porque este dolor me mate,
ponedme, por compasión,
ponedme al pié de aquel sauce...

José M.^a PEMÁN



Canción de los siete remos

POR FRANCISCO MONTERO GALVACHE

Se perdió la barca nueva
de los siete marineros.

Hay siete niñas de bronce
que bordan trajes de cielo
para casarse una noche
celeste de brisa y sueño,
con siete sombras morenas
sobre tálamos de fuego.

Se perdió la barca nueva
de los siete marineros.

Las siete niñas murmuran
de sus siete casamientos.

Rizaba el agua sus trenzas
con peines de espuma y cielo.
Sobre la orilla dorada
cortaban juncos morenos
las siete niñas, ay las
niñas de los marineros.

Todas las tardes salían
para cantar a los remos
hundidos en alta mar,
sus siete cantos de acero

Y una tarde, el agua negra
— agua de angustia y de viento —
cortó el encaje dorado
de los siete marineros:
sobre estrobos de martirio
remaban sangre, los remos...

¡Qué silencio en las orillas
de la playa, qué silencio!

¡Y cómo sopla en los pinos
el aire tibio y moreno
que pone en sienes de oro
la muerte de los remeros!...

Las siete novias solteras
sueñan con sus casamientos,
y bordan trajes de seda
en bastidores de cielo,
para casarse una noche,
celeste de brisa y sueño,
con siete sombras de bronce
sobre tálamos de fuego.

Cuando se mueran las niñas,
gozarán los marineros
de la barca naufragada,
siete encajes de oro y sueño.

¡Y la luna entre las novias,
pálidas de un goce nuevo,
irá poniendo en la orilla
su blanda lluvia de besos!



“Eheu, fugaces, Posthume, Posthume”

Inspiración, ternura,
raudales de cariño,
dejó en mi pecho la memoria tuya,
como miel en la flor deja el rocío.

Cruzando de la vida
las sendas del olvido,
tropiezo con tu nombre a cada paso,
y es que en mi corazón lo llevo escrito.

El surco que tu nave
abría en su camino,
brilló un momento en las movibles olas,
mientras tu “adiós” hendía el pecho mío.

Unieron otras olas
del surco aquel los rizos;
y el que en mi corazón tu “adiós” dejaba
no han podido mis lágrimas unirlo.

¡Amor, que en mi alma puso
el Amor infinito!
vela mis sienes con tus castas alas
si entre sueños de amor tal vez deliro.

¿Deliro?!... Bien quisiera
soñando así contigo
no despertar al ruido de esta vida
y siempre delirar en tu cariño...

Allí entre aquellos brezos
y flores de tomillo,
quedó el recuerdo de la dicha mía,
como un beso de amor queda en un lirio.

Las aves que bajaban
al fondo de aquel río,
más que para mirarse en sus cristales
para ver de tu mirada el casto brillo;

verán, si acaso hoy tornan,
el nido aquel vacío;
y mustios los tomillos y los brezos,
y el agua suspirando en tiernos giros...

Yo sueño en tus sonrisas
mientras despierto gimo:
es el placer que cabe a un desterrado,
soñar venturas arrastrando grillos.

Del árbol de la vida
a su sombra rendidos,
soñemos mientras ruge a nuestras plantas
precipitado el curso de los siglos.

Yo sueño casi siempre
en aquellos tomillos,
donde quedó el recuerdo de mi dicha,
como un beso de amor queda en un lirio.

JUAN GARCIA FAYOS

Romancillo del mal recuerdo

En un barquito de vela
que en un poblado costero
compré a unos hombres de bronce,
macizos de alma y de cuerpo,
y en cuyas jarcias prendidos
hay trozos de risa y ecos
de carcajadas pretéritas
olvidadas hace tiempo,
voy, pirata de horizontes,
de la mano de un sol ciego
por los caminos del mar.

Sin rumbo fijo navego
buscando una playa rubia
que esté desnuda y sin dueño,
para nombrarme Señor
de su amplio arenal desierto.

Cuando la encuentre, daré
libertad a mi velero,
que volará hacia otros mares,
rebrincando de contento
sobre las olas redondas
entre canciones y juegos,
con las velas extendidas
como dos brazos abiertos.
Yo me quedaré en la orilla
con un solo amigo... el viento:
contra maestre mayor
de mi vivir marinero,
y, ahora, virrey de mis tierras
y fiel guardián de mis sueños.
Haré un castillo de espuma
que guarneceré por dentro
con tapices de algas frescas
y ramos de coral viejo;
pondré vitrales de nácar

y, clavado en un madero,
un Cristo tallado en sal
con los ojos entreabiertos
por si acaso me acometen
necesidades de rezo.

A la puerta, vigilante,
quedará mi compañero
con un flamante uniforme
color de mar y de cielo,
condecorado de estrellas
y entorchado de luceros;
y yo, encerrado en la torre
más alta con tu recuerdo,
recuerdo malo y oscuro
con dos ojos de tormento,
unos dientes de alcanfor
y un talle de clavel tierno,
pasaré, día tras día,
tu recuerdo maldiciendo.
Más, si ni aún así consigo
olvidarte; si no puedo,
raíz venenosa y dura,
arrancarte de mi pecho,
me ahorco de un rayo de luna,
pálida y fría, de enero
y en un féretro de niebla
me dejaré ir mar adentro.

Quién sabe si las sirenas
acudirán a mi entierro
cubiertas completamente
por un largo manto negro
y, si esa noche, en tu alcoba
soñarás con el Infierno.

FÉLIX NAVARRO

Ascensión

Yo quisiera, Señor, sobre la aurora
De Tu pecho, tender un largo vuelo
Que fundiera en la lumbre de Tu cielo
La carne de mi vida pecadora.

Ascender en Tu llama redentora
Sobre la cera de mi triste duelo,
Y cantar en Tu trono mi desvelo
Con la esperanza del Amor que llora.

Pero, ipobre de mí!; tengo las manos,
Yertas del hielo de mis sueños vanos,
Como la nieve de la cima oscura;

Y quisiera, Señor, en Tu mirada
Fundir mi vida, como flor tronchada
Por el delirio de mi desventura.

FRANCISCO MONTERO GALVACHE

Tríptico de Huelva

I

El río tinto no viste
su traje azul de minero;
huérfano de peces, solo
lleva un clavel en el pecho.

El verde huyó de su orilla
cuando lo vió desde lejos
avanzar con su ondulante
borrachera de luceros.

Rondador de chimeneas
de albos y hermosos cabellos,
vá desflorando los días
por escoriales eternos;
corre y forja una diadema
para adornar sus deseos
con chispas recién paridas
en el taller de los sueños.

Con su sayal franciscano,
chinitas lleva en su seno;
son estrellas repartidas
a puñados desde el cielo.

Si quieres verlo pasar,
vente conmigo al sendero,
y verás cómo no lleva
su traje azul de minero...

II

Y al otro lado el Odiel,
como cadena de plata
con colgantes de laurel,
se enrosca por las montañas.

Trémulas ondas sonoras
de verde y azul mojadas;
espejo de ruiseñores
por entre adelfas amargas...

Su sonrisa siempre limpia
en bellas blondas de nácar
con una luna desnuda
detenida en su garganta.

Vestido de primavera,
nostálgico de su fauna,
el viento canta y se mira
en la rosa de sus aguas.

Ven a verlo niña mía,
lamer las fértiles faldas
y peinar lirios dormidos
con claros besos de alba...

Y verás cómo rendido
con su glauca serenata,
se abraza al tinto y se entrega
al mar de las dulces flautas...

III

Y con blanda cadencia soñadora
los recibe Estuaria amante y tierna
y le ofrece el rosario de sus horas
en las cuentas de luz de sus arenas...

Los árboles pintados
sobre el fondo de azul puro de Huelva,
vigilan el retorno milenario
después de sus andanzas por la sierra...
La blanca geometría de los faros
al trazar en el agua sus siluetas,
risas de amor escriben
con virginales tintas de azucenas.

Y cual guiones certeros
de la aventura aquella,
portadores del ansia loca y brava
el tinto y el odiel acaso fueran...
Los muros precintados
con el beso apretado de la hiedra,
guardan con polvo y siglos
el ingente secreto de la gesta.

Y en el nardo encendido de su historia
con ensueños de remos y de velas,
un alba disparando lejanías
de luz y de canela...

En los rizos del mar muere la tarde
reflejando puñales las estrellas,
y un alfange de luna vá cortando
un suspiro de orillas siempre quietas.

Y Huelva, la marina
trasnochadora azul de su bohemia,
sale al puerto y coloca en sus cabellos
la rosa de marfil de su leyenda...

PRAGMACIO SALGADO

Ayuntamiento de Madrid

Romance de España

...Y vino España a alumbrar
con su fresca sangre el cielo
confuso y triste del mundo.
Y España prendió su fuego
de sagrada independencia,
su renacido ardor bélico
en la estepa moscovita
— camino largo y siniestro —
que manos torpes plantaron
en sus ciudades y pueblos.
Y España entera vibró
como en sus mejores tiempos,
y lanzóse a la pelea
por su Dios y por su suelo
mancillado. ¡Don Quijote
que despertó de su sueño!
Y de nuevo volvió a ser
España brazo de hierro,
y romance fronterizo,
y alto castillo roquero...

España ha vuelto a los campos
de sus gestas más gallardas,
en una mano la Cruz,
en otra mano la espada,

la espada de las conquistas
y la Cruz de las Cruzadas.
(Ved: aquí Guzmán el Bueno
repite su heroica hazaña,
y más allá un nuevo mártir
— tierna espiga desangrada —
muere abrazado a la enseña
de su fe, y abre otra página
de gloria en el santoral
— fecundo río — de la Patria.)

España ha vuelto a los campos
de sus gestas más gallardas,
en el pecho la bravura,
en los labios la plegaria,
sangre del Cid en las venas,
luz de Loyola en el alma...

España, en tí tiene fijos
sus ojos el mundo entero.
Que Dios, España, te guíe
y premie tu noble gesto
con una aurora de rosas
y un camino de luceros.

P. PÉREZ CLOTET

Elegía

VI

Has quedado en la orilla
De mi vida; ya no eres

Fija sombra en mi sueño,
Ni dolor en mi frente.

Sino un adiós perdido,
Un olvido de siempre;
Figura en la memoria,
Que el tiempo desvanece.

¿Quizá una medianoche
Dos espíritus sueñen
Unirse allá en el cielo,
O en lo eterno perderse?

Pero no. Quieto y triste
Esperaré en la muerte.
Y ahora busco en el mundo
Bocas que me consuelen.

JUAN RUIZ PEÑA

Balada

Yo no te quiero culpar,
mas fué el caso singular
estando solos un día..

Yo no te quiero culpar
pero pasó... lo que un día
— al fin — tenía que pasar...
¡Fué un momento singular
que jamás olvidaría!
Tu boca — sabia en besar —
se unió entonces a la mía
en un ósculo sin par..
¡supremo beso que hacía
nuestras almas enlazar!

Yo no te quiero culpar,
mas fué el caso singular
estando solos un día...

Luego yo te ví llorar
y te quise consolar..
¡mas fué vana mi porfía!
¡Quién iba ya a remediar
lo que tuvo que pasar
por estar solos un día..!

EDUARDO DE ORY



Rebeldía mansa

Barquito que estás saliendo
del puerto... ¿Hacia dónde vas?
¿Qué brisa te va empujando?
¿Qué viento te volverá?

Tráeme tú los cocoteros
del África ecuatorial...
y del sol de medianoche
trae su recuerdo espectral,
mezclado con la caricia
de alguna región glacial.

Barquito que vés saliendo,
tú no me puedes dejar.

Yo soy un barco encallado
en la vida tan igual.

Quiero ver cosas brillantes
que sólo pude soñar...
y ansío nuevos horizontes,
fija la vista en tu mar.

.

Barquito que estás saliendo...
¡Quién pudiera hacer igual!

Ayuntamiento de Madrid

AUGUSTO HAUPOLD

El Otoño del poeta

Novela corta por PEDRO MONTERO GALVACHE

(Continuación)

VI

Aquella mañana, Javier se levantó tarde. Desde su lecho de altas columnas barrocas, y rojos cortinajes de damasco flordelisado, llamó a Laura, tirando de un fino cordón de seda que hizo repiquear en la galería vecina la música de unas campanillas de plata. El marqués no había llevado al viejo palacio su ayuda de cámara, quizás para no tener ni siquiera aquel recuerdo del ambiente que dejó; o acaso para encontrar un pretexto de distracción a sus murrias, ocupándose él mismo del cuidado de su ropa, del baño diario, de esos mil detalles insignificantes de que se compone el atavío de un hombre elegante y mundano. Aquella mañana, en vez de Laura, entró en la alcoba del poeta, Mari-Sol. Asomada a la puerta, entre los paños de Arras que colgaban de una barra de metal sobre el marco de caoba, preguntó, llena de una adorable timidez:

—¿El Señor quiere el desayuno?

Javier, sorprendido, le contestó con un ademán de su mano cuidada y prócer. La aldeana salió y volvió a poco, trayendo el desayuno en una bandeja de plata: una jícara de chocolate, un vaso de leche y tostadas de pan casero untadas de finísima mantequilla dorada.

—¿Cómo vienes tú hoy, Mari-Sol?

Fija la mirada en el suelo, la campesina habló, teñidas las mejillas de un rubor que al poeta encantaba.

—Madre está mala. El médico dice que no es nada. Unas fiebres que cogió ayer, segando pastos para el ganado...

Saludó con una inclinación de cabeza y se dispuso a abandonar la alcoba. El la detuvo, amable:

—No te vayas tan pronto. Quédate un rato; quiero hablar contigo. Hace ya muchos días que deseaba esta oportunidad.

La niña clavó en los ojos del marqués una mirada de interrogación. ¿Por qué la retenía en la alcoba? ¿Qué tenía que decirle, él, acostumbrado al trato de aquellas mujeres que la aldeana envidiaba, tal vez sin darse cuenta de ello?

—Abre las ventanas. ¿Quiéres hacerme el favor? Deja que entre la luz de la primavera.

Mari-Sol descorrió las cortinas y abrió las maderas. Una oleada de aire, fresco, purísimo, saturado de aromas montaraces, invadió la alcoba del poeta. El ventanal descubría la espléndida belleza del parque, cuajado de flores y estremecido de gorjes canores. Como un susurro largo y monótono, se oía, en los instantes en que enmudecían los pájaros, el agua de una fuente, cayendo desde las bocas y las orejas de un idolillo de piedra, en el espejo inmóvil de la taza marmórea. Allá en lontananza, dibujadas sobre el fondo del cielo, las montañas levantaban sus moles azules, fantasmas gigantescos. El sol trazaba en la alcoba un sendero glorioso, blanco, ilusorio, como la estela de una santa. Envuelta en aquella nube de polvillo vaporoso, Mari-Sol se ofrecía al poeta como una aparición milagrosa. Bañadas en el torrente de luz, sus facciones tenían la pureza ideal de las vírgenes cristianas que morían en los circos romanos despedazadas por las fieras, y consumidas en el amor del Cordero. Los ojos negros; el pelo denso, surcado de rizos, azulado y brillante; los labios rojos y delgados; los dientes de nieve; el pecho, alto, fuerte, agitados por un temblor levísimo.

—Ven acá. Acércate. Siéntate ahí.

Y le señaló un sillón de elevado respaldo, en el que destacaba el escudo de Benalgar entre leones, águilas y lises.

—¿Vives contenta en la Heredad de Lis? Ahora menos mal. Mientras el tiempo sea bueno, no te aburrirás demasiado; pero en invierno, la vida aquí debe ser horrible.

—¿Aburrimiento?—se extrañó la doncella. Aquí no se conoce ese mal. ¿Vd. no sabe que el trabajo es su mayor enemigo? Y nosotros nos pasamos los días trabajando

No se expresaba con la cortedad de los primeros días. Con un gozo íntimo e inexplicable, Javier leyó en su acento la confianza apacible que tanto se esforzó en despertar desde la tarde en que dió comienzo su amistad con la hermosa campesina.

—Tienes razón. En cambio, allá en el fárrago de las ciudades populosas, todo nos fastidia. Allí, el hombre agota su ingenio, inventando recursos para distraerse, y a pesar de esos recursos, siempre el hastío sigue a todos los placeres. Mari-Sol. Muchas veces sé me ocurre que el hombre moderno padece un empacho de refinamiento de ultra-civilización.

Ella sonrió, y echó hacia atrás la cabeza, a la que el sol arrancó lumbradas azulencas.

—No me extraña. Cuando el alma se aparta de Dios, ¿qué ha de encontrar en su camino, sino el vacío de la indiferencia, el hastío del mundo, que no puede saciarle nunca, porque no ha sido hecho para él? Dice el señor cura, en sus pláticas de los domingos, después del Evangelio de la Misa Mayor, que solo en Dios, en su Gracia y en la comunión estrecha y constante con su Omnipotencia, se hallan la paz y la dicha.

Un rato quedóse el poeta pensativo. Las sencillas razones del buen cura lugareño encerraban todo un sistema de filosofía sabia y profunda. Pobres intelectuales, los que se abisman en el mar sin fondo de las elucubraciones filosóficas, intentando sustraer las acciones humanas al yugo suave a que Dios las sujetó!

—¿Tu tienes fé, verdad, Mari-Sol?—dijo, lentamente, muy interesado por el rumbo que tomaba la plática.

Ella alzó los ojos, iluminados por un brillo húmedo:

—¿Cómo no he de tenerla? La necesito para vivir... ¿Qué sería de mí, si no creyera en las compensaciones de una existencia mejor?

—Dices bien. Tú, para vivir en paz contigo misma, precisas de esa Fe, en una Justicia y en una Misericordia inmutables y eternas. Yo, en cambio, para acallar los gritos de mi conciencia, tengo que olvidarlas a menudo...

—¿Y lo consigues? A mí se me antoja que no. Olvidar, no es posible. A lo sumo, aturdirse, enloquecer en el escándalo de la sociedad, en el fárrago del pecado. ¡Y mire, señor, que hay diferencia grande entre una cosa y otra!

—¿Sabes que entiendes mucho más que yo de estas sutilezas del espíritu? Tu pensamiento se desnuda de todas las transigencias, de todos los acomodamientos culpables, y por eso se acerca más que el mío, a la Verdad de Dios. No recuerdo quien dijo que la verdad es la simplicidad, la humildad del corazón.

En las grandes pupilas de la aldeana se pintó un asombro inaudito. Sus bellos labios de coral tuvieron un temblor involuntario.

—¡Oh, señor! ¿Por qué dice esas cosas? ¿Yo, entender de algo, más que el señor? ¡Si apenas comprendo el lenguaje con que el señor habla, en sus versos, de cosas que mi inteligencia nunca podrá alcanzar!...

Se turbó el poeta, pensando en la belleza de aquella vida, que a él,—pobre náufrago envenenado por las drogas de su vida alegre de triunfador—estaba vedada. ¿Por qué no tropezó antes, en su camino, con la inocencia, confiada y segura, de esta Mari-Sol adorable? Marisol sale de la alcoba y Benalgar cierra los ojos, como si quisiera grabar en su cerebro la imagen viva de una visión dulce y evocadora. Oye en sueños, la sonata magnífica que la Primavera canta en el parque del palacio. Y al abrirlos, le deslumbra el fulgor que arroja el ven-

tanal, en cuyo alféizar, dos palomas blancas, se arrullan entre los jazmines que suben desde el jardín. Lo mismo que la naturaleza—se dice en voz ahogada por una emoción dulcísima y enteramente nueva para él—el alma de la mujer, es sencilla, llena de reciedumbre y hermosura.

VII

Como en los relatos ingenuos de leyenda dorada, Mari-Sol salió al parque, a pasear bajo el claro de la luna. Desde la terraza, donde fumaba un cigarrillo, acodado en la balaustrada de mármol, el poeta la vió, vestida toda de blanco, con un traje vaporoso y feble, que le caía hasta media pierna y se cerraba debajo de la barba con un cordón de seda. Vagó un rato, siguiendo con andar indeciso de fantasma, los senderos largos, orlados de rosales y cubiertos de hiedras centenarias, enredadas en arcos. Vióla desaparecer, bajo uno de aquellos arcos que, de lejos, semejaban pórticos de una ciudad noble y encantada; y luego tornó a verla en el centro de una alameda, recogida y augusta en la que se escuchaba el canto solemne de una fuente. Mari-Sol se sentó en el borde de la fuente; hundió en el agua su mano, y miró, con fijeza extática, hacia el Cielo. La luna, en un novilunio regio, surcaba la bóveda, escoltada de nubes, blanquecinas y veloces. De vez en cuando, alguna nube se interponía entre el satélite y la tierra y todo el parque se hundía en una oscuridad medrosa; todo el parque, menos las copas puntiagudas de los cipreses y la techumbre del palacio. Asustados por la súbita penumbra, los gallos cantaban, y lejos, en los cercados de otras fincas, ladraban feroces mastines. Javier bajó la escalera, y el ruido de sus pasos, despertó a un pavo real que dormía en una cesta de piedra soldada al barandal. El pavo real saltó al suelo, y desplegando su cola, se internó entre los mirtos de una avenida. Sabiamente, hízose el encontradizo con la hija de los guardeses.

—Buenas noches, nena. Te he visto desde la terraza, ¿y sabes qué recuerdo me trajiste a la memoria?... El de uno de los espectáculos que más impresión dejaron en mí. Hace años, viajaba por Rusia, y una madrugada, perfumada y tibia de Junio, ví, por vez primera, el sol, deslumbrando las torres y las cúpulas del Kremlin. Las vidrieras, las iglesias y los palacios, del Zar, fulgían, como diamantes. A ese sol milagrero y legendario, le llaman el "Sol de medianoche". Mari-Sol le oyó, con las negras pupilas dilatadas por la sorpresa y el miedo. Se levantó y quiso huir, pero él la detuvo, como aquella mañana en su alcoba.

—¿Porqué me huyes? ¿No te he dicho que quiero ser amigo tuyo? Soy demasiado caballero, para que pueda rozarte un solo pensamiento mío.

Ella, angustiada, vencida por una languidez feliz, insinuó:

—No debemos permanecer juntos. Si nos ven ¡que dirán los demás!

—No hagas caso. La gente siempre habla lo que se le antoja, aunque tengamos muy en paz la conciencia. ¿Qué nos importa a tí y a mí, lo que digan los otros, si obramos con la rectitud de quien se sabe bajo la mirada de Dios? Sigue ahí sentada. Yo me sentaré a tu lado, y charlaremos en el sosiego de esta noche tan propicia al ensueño y a la quimera. La campesina callaba. Con los ojos bajos, jugaba distraidamente, agitando con la mano el agua, que parecía cubierta de una costra de plata. La luna rielaba en su frente de nácar, y en sus rizos lustrosos y en su vestidura inmaculada, que recordaba al poeta las túnicas con que cubrían su divina desnudez, las Esposas de Cristo, en la fiesta de sus nupcias virginales.

—¿No me dices nada, Mari-Sol? ¡Tan bien como suenan en mi alma tus palabras de conformidad!—Rezó en un susurro largo y suspirante:

—¡Ay!—¡Cuánto me gustaría oírle uno de esos versos que han vuelto locas a algunas mujeres!... No los entenderé del todo, pero siempre su música encantará mis oídos.

El sonrió, con aquella sonrisa un poco impertinente de gran señor, poeta y galante, que le hacía irresistible.

(Se continuará)



LUNA LLENA

DIBUJO DE PONITO.

Poema

Morir un poco siempre en esa hora
en la que el mundo pierde su contorno
y se adentran las cosas en la bruma
de un posible viaje sin retorno,
es ser protagonistas de un naufragio
angustioso y a un tiempo apetecible,
en la lírica nave de los sueños
que marcha a la quimera inasequible.
Es gozar el temblor de la ternura
que acompaña a las hondas despedidas,
y es, orear entre las sombras
el ardor de las íntimas heridas.

Hora sutil. Su voz anunciadora
«¡No temas, que después vendrá otra aurora!»
muy quedito al oído nos advierte.
Y al cabo de morir todos los días
¡se hace amable la imagen de la Muerte!

JUAN MIGUEL POMAR

En nuestro próximo número publicaremos la crítica del libro
MIRADOR obra del corresponsal literario de CAUCES en Río-
tinto, Pragmacio Salgado Mariano.

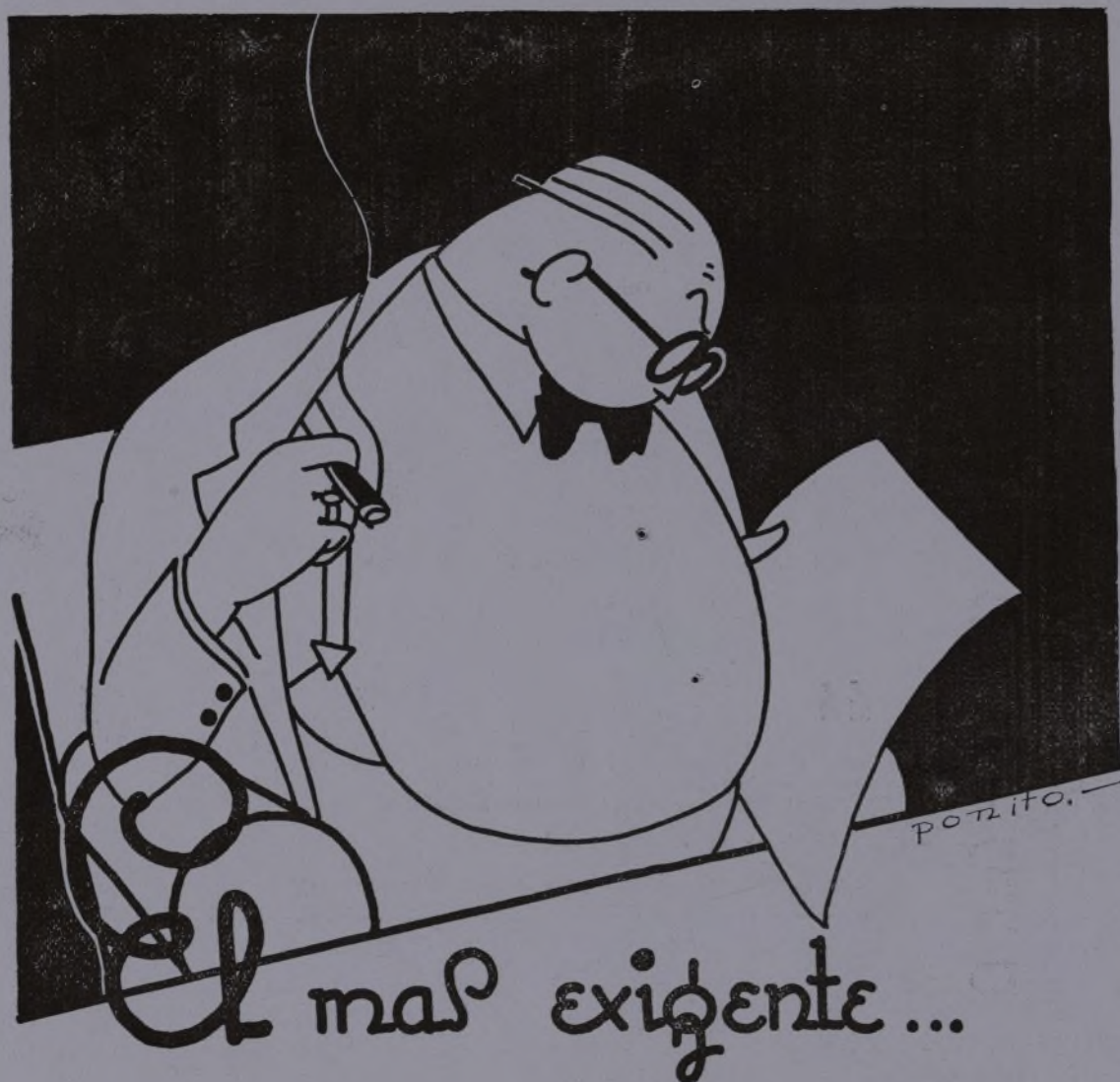
NOTA BIBLIOGRÁFICA

SAN JUAN DE LA CRUZ.—Poesías. Prólogo de Pedro Salinas.

Está bellamente editado este tomito: cubiertas de fino color verde, letra clara de negror intenso. Salinas en el prólogo a acertado de lleno, a pesar de que se trataba del altísimo poeta; cima inaccesible en la lírica española, y aún en la universal. Su poesía alcanza el grado supremo de la elevación y de la belleza. En mí, deja un no sé qué de turbadora serenidad, de belleza única, de emoción indescriptible. Quizás la prueba más palpable de la existencia de Dios, y la condensación más exacta de su belleza, sea la poesía de San Juan de la Cruz. Poeta inefable no expresó sino algo de lo que sentía, así lo declaró en la introducción al comentario del "Cántico Espiritual". Su mejor poema, y sin duda alguna el mejor de toda la poesía castellana.

P. RUIZ PEÑA.

Ayuntamiento de Madrid



Tipografía Manuel Martín

...quedará satisfecho con la CALIDAD y
ECONOMIA que encontrará en los
trabajos que encargue a la

José Luis Díez, núm. 7. - Teléfono 1259
JEREZ DE LA FRONTERA
Ayuntamiento de Madrid

Pedro Domecq

Casa fundada en 1730



C
A
L
I
D
A
D

“Jandilla”



Jerez de la Frontera

Ayuntamiento de Madrid